BANDERA ROJA

Nº IO BARCELONA DICIEMBRE 1970

LOS COMUNISTAS Y LA CUESTION NACIONAL

EL NACIONALISMO VASCO Y LA LUCHA POPULAR ANTIFRANQUISTA

En el momento de publicar este este estudio sobre el problema nacional (más concretamente sobre el problema nacional catalán) y la actitud de los comunistas, la lucha política antifranquista está pasando por una de sus fases más importantes. El Consejo de guerra de Burgos contra 16 militantes de la E.T.A. ha sido el foco en torno al cual se ha polarizado la lucha contra la represión. Pero en esta lucha han coincidido motivaciones diversas, y el resultado ha sido una movilización popular como pocas veces se ha visto a lo largo de estos treinta años de franquismo.

Esta lucha ha sido particularmente importante en el País Vasco, donde se ha llegado prácticamente a la huelga general. ?Puede decirse, pues, que ha sido una lucha exclusivamente nacionalista? O, para decirlo de otra manera, ?Cabe considerar al nacionalismo vasco -y al catalán de rechazo- como un factor unívocamente integrado en la vasta perspectiva de la revolución democrático popular?

A lo largo del estudio que presentamos a continuación exponemos con detalle nuestra posición al respecto. Pero dadas las características del movimiento nacional vasco quizá convenga dedicarle unas páginas que complementen dicha exposición.

Sobre los orígenes y el desarrollo del movimiento nacional vasco.

A diferencia del movimiento nacional catalán, el movimiento nacional vasco no fue impulsado por una burguesía industrial que intentaba, a través del nacionalismo, acceder al poder del Estado español. La gran burguesía vasca fue centralista desde el comienzo -con leves excepciones- y muy pronto comprendió que el aparato central del Estado español podía ser la gran palanca para su expansión financiera por toda España. Mientras la gran burguesía catalana quería apoyarse en un movimiento de masas para convertirse en la fuerza hegemónica del bloque dominante y dirigir el Estado, la alta burguesía vasca prefirió desde el primer momento entenderse con la oligarquía terrateniente e insertarse en el Estado centralista sin modificar sus presupuestos.

El nacionalismo vasco teorizado por Sabino Arana fue, esencialmente, la expresión política de una pequeña y una media burguesías doblemente exasperadas por la inserción de la alta burguesía vasca en el Estado centralista y por la aparición de un proletariado cada vez más numeroso y

combativo, al compás del desarrollo industrial.

La ideología aranista, que sirvió y sirve todavía de fundamento doctrinal al Partido Nacionalista Vasco (P.N.V.) es, por ello, una ideología ruralizante, tradicionalista, racista, totalmente contraria alos fenómenos políticos engendrados por el desarrollo del capitalismo. El racismo, el fetichismo de la lengua, el tradicionalismo católico, el repudio del socialismo son otros tantos aspectos de esta ideología, que condensa las confusas aspiraciones de la pequeña y la media burguesías, bloqueadas entre la alta burguesía financiera, industrial y centralista, y el proletariado, compuesto en gran parte de trabajadores inmigrados.

Cierto que el P.N.V. logró, más tarde, conciliar estas motivaciones con la defensa de la base industrial vasca e incluso llegó a gobernar en régimen de autonomía, aliado a los partidos de izquierda, durante los primeros meses de la guerra civil de 1936-39. Pero también es cierto que la cuestión autonómica del P.N.V. tuvo un claro carácter conservador y no solo frenó la lucha política y económica del proletariado vasco sino que utilizó su fuerza gubernamental para entenderse con el franquismo y traspasarle intacto el aparato productivo del País Vasco.

El episodio de la autonomía vasca puso de relieve el carácter contradictorio de todo movimiento nacional y, por ende, de todo nacionalismo. Por un lado, canalizó políticamente a la pequeña y a la media burguesías vascas hacia posiciones antifranquistas, en la medida en que el franquismo era la expresión virulenta del centralismo tradicional. Pero, por otro lado, impidió que la lucha del pueblo vasco derivase hacia posiciones netemente socialistas. De hecho, el P.N.V. funcionó como el gran mecanismo de la alta burguesía para mantener el control político de ésta sobre las clases populares cuando habían fallado los instrumentos tradicionales de poder del bloque dominante (la monarquía, los mecanismos del Estado central,etc). Este es el peligro -y la virtualidad- del interclasismo propio de toda concepción nacionalista, que antepone los valores <u>comunes</u> de todos los miembros de una nación a la <u>lucha de las clases</u> que componen cada nación.

Después del triunfo franquista de la guerra civil, la dirección del P.N.V. en el exilio basó toda su política en la más estricta subordinación a las directrices del imperialismo norteamericano y desaconsejó todos los intentos de reactivar la acción de masas. En todo caso, contribuyó a dividir a los trabajadores con la creación de la llamada <u>Solidaridad de Trabajadores Vascos</u> (S.T.V.) y con la difusión de principios racistas que separaban a los obreros vascos de los no vascos. Era la manera de seguir cumpliendo su papel de "mecanismos de recambio" de la alta burguesía.

Aparición y carácter de la E.T.A.

En el interior del País Vasco un sector de la juventud pequeño-burguesa encontraba en el nacionalismo un canal para expresar su repudio al franquismo. Esta juventud se acogió, de entrada, a la versión tradicional y única del nacionalismo vasco, es decir, al aranismo. Pero no tardó en comprobar que este nacionalismo entraba en contradicción con la realidad del propio País Vasco y no daba cuenta de sus complejos problemas. De ahí el enfrentamiento con los depositarios de la ortodoxia nacionalista (es decir, los dirigentes históricos del P.N.V.) no había más que un paso, que pronto se dio, hasta llegar a la ruptura.

Una buena parte de estos jóvenes fundaron en 1959 el movimiento Euzkadi ta Azkatasuna (E.T.A.) que se caracterizó desde el primer momento por una gran voluntad activista y por la intención, más o menos explícita, de romper la tendencia del P.N.V. al compromiso con la alta burguesía vasca.

Pero esta pasión activista de la ETA quedaba circunscrita a los límites estrechos del nacionalismo. Y la base doctrinal de ese nacionalismo seguía siendo la misma de antes, es decir, el aranismo.

De ahí que la ETA se moviese desde el primer momento en un mar de contradicciones. Pretendía oponerse a la política del P.N.V. pero lo hacía en nombre de sus mismos presupuestos doctrinales. Estos eran, esencialmente, la afirmación mística de un vasquismo entendido como diferenciación racial, el fetichismo del idioma euskera y el separatismo como programa político. Con ello, la ETA expresaba de forma activa y radical la exasperación política de la pequeña burguesía. Esta exasperación se traducía en formas de lucha cada vez más radicales, porque en el País Vasco no existía ni existe una burguesía no ligada al Estado y capaz de presentar un programa que satisfaga ciertas aspiraciones de las clases medias, como ocurre en Cataluña.

Por eso los militantes de la Eta se lanzaron pronto por el camino típicamente pequeño-burgués del activismo minoritario, de la acción terrorista, que ellos mismos teorizaron con su esquema de "acción-represión-acción", típica muestra de una línea política exterior a las masas. En efecto, en vez de organizar a las masas a través de su práctica política y económica cotidiana, los militantes de la ETA entendían la acción política como la lucha de una minoría de activistas separados de las masas contra el aparato represivo del Estado, esperando de este modo desvelar el verdadero carácter de este Estado y propiciar la toma de conciencia de las masas. Pero todo esto en nombre de un nacionalismo separatista que les alejaba no solo a importantes sectores del propio pueblo vasco sino también de la gran ma-

sa del pueblo del resto de España.

Las contradicciones de este nacionalismo y de esta táctica minoritaria provocaron el 1966-67 la escisión de la ETA en dos grupos: la llamada ETA-BAI, que siguió fiel a los planteamientos nacionalistas-aranistas, y la llamada ETA-BERRI, que derivó hacia el marxismo, buscando una explicación del hecho nacional en los fenómenos del mundo colonial. De este último grupo ha surgido finalmente el movimiento KOMUNISTAK. A su vez, la ETA-BAI ha experimentado también serias tensiones doctrinales que han conducido recientemente a la virtual separación en dos tendencias: una ultranacionalista y otra cada vez más próxima al marxismo (más exactamente al revisionismo).

Ahora bien, la experiencia de la ETA enseña que la lucha activista minoritaria contra un aparato represivo como el franquista, sin desarrollar una justa política de masas, deja a los militantes totalmente expuestos a los golpes de la represión y acaba provocando el desmantelamiento de la propia organización o, por lo menos, impide su continuidad como tal.

Por otro lado, es cierto que la lucha directa contra el aparato represivo del Estado incide en las contradicciones del bloque dominante y en las relaciones de éste con el Estado franquista. Así, por ejemplo, en un momento en que el bloque dominante intenta estructurar un Estado menos directamente represivo y más "integrador", para entendernos, es evidente que una acción como la de la ETA acentúa el papel del aparato represivo del Estado y frena la maniobra del bloque dominante. Pero, para que esto sea políticamente efectivo y rentable para el movimiento popular se reqüiere un fortalecimiento de las organizaciones de masas, y, en primer lugar, de la acción autónoma de la clase obrera, fortalecimiento que no se consigue con la acción terrorista minoritaria.

La situación actual es un claro índice de lo que decimos.

El Consejo de Guerra de Burgos es algo así como la quintaesencia de la represión franquista. De golpe, una gran masa de españoles ve físicamente que el Estado franquista es esencialmente represivo y que en él la columna vertebral es el ejército. La maniobra del bloque dominante, que tiende a crear un Estado más "integrador" ha quedado frenada. La alianza del bloque dominante con las nuevas clases medias se ve seriamente perjudicada y esto aumenta las contradicciones en el seno del propio bloque dominante y entre éste y el Estado. Se crea, pues, una situación propicia para el avance del movimiento de masas.

Pero para que éste avance realmente se requiere que la lucha contra el aparato represivo del Estado no se haga en nombre de presupuestos nacionalistas separatistas que crean falsas líneas divisorias entre las fuerzas

populares. Se requiere, sobre todo, la organización de estas fuerzas populares, de la clase obrera en primer lugar. Estas necesidades vitales chocan con los planteamientos nacionalistas y minoritarios, es decir, con los planteamientos básicos de la propia ETA.

Se ha visto claro estos dias. La coyuntura abierta por la represión franquista contra la ETA ha permitido una vasta explosión popular, que en el País Vasco ha llegado a la huelga general. Pero esta explosión ha girado esencialmente en torno a reivindicaciones democráticas y antifranquistas, lo mismo que en el resto de España. Que en el País Vasco la respuesta popular haya sido más masiva se debe, seguramente, a la conjunción de estas reivindicaciones con las aspiraciones nacionales de la pequeña y la media burguesías, lo cual es un índice de la potencialidad de estas aspiraciones, rectamente entendidas y no utilizadas en sentido nacionalista, para la revolución democrático popular. Lo fundamental es que la lucha popular no sólo se ha manifestado en el País Vasco sino en toda España, con mayor o menor intensidad. La respuesta del Estado franquista ha sido la acentuación de la represión y de la violencia policial y la proclamación del estado de excepción en Guipúzcoa y su posterior extensión a toda España.

En estas circunstancias, la acción minoritaria consistente en el secuestros del cónsul alemán en San Sebastian no hace sino desviar la atención de las masas y justificar los golpes represivos del Estado contra estas mismas masas, es decir, oscurece la verdadera dialéctica de la situación. Y si, además, esta acción minoritaria se hace en nombre de planteamientos nacionalistas-separatistas, el Estado franquista tiene todavía más bazas para justificar su represión y dividir el movimiento popular con falsas líneas de separación que solo favorecen a la oligarquía.

En definitiva, la libertad del pueblo vasco, por la que tan valerosamente han luchado los miembros de la ETA, es imposible sin la libertad de todo el pueblo español. La causa de aquél está indisolublemente ligada a la de todos los pueblos de España, como lo demuestran las acciones populares contra la represión llevadas a cabo en tantos puntos de la península. Que las masas populares se hayan movilizado para defender la vida de los militantes de la ETA no solo en el País Vasco sino también en Barcelona, en Madrid, en Zaragoza, en Asturias, en Valladolid, en Salamanca, en Santiago, en Sevilla, etc. es la mejor demostración de que estas masas han entendido lo que está realmente en juego en estos momentos: el proceso de Burgos no es únicamente un proceso contra las aspiraciones nacionales del pueblo vasco sino también, y fundamentalmente, contra las aspiraciones de todos los pueblos de España a la libertad y al socialismo.

EL MOVIMIENTO OBRERO ANTE EL PROBLEMA NACIONAL CATALAN

Entre los grandes problemas políticos por resolver en nuestro país uno de los más importantes es el de las nacionalidades.

Por lo demás, el problema no se plantea exactamente igual en los tres núcleos que lo han protagonizado históricamente: Cataluña, Euzkadi y Galicia. En cada una de estas nacionalidades varía su base social concreta y su trasfondo histórico, económico y político.

Ahora nos limitaremos a examinar el problema político de la nacionalidad catalana y a elucidar la actitud que debe adoptar el movimiento obrero ante este problema.

ALGUNOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Naturalmente, no vamos a hacer aquí la historia del movimiento nacional catalán, expresión política de la nacionalidad catalana a través de sus diversas etapas. Baste recordar que dicho movimiento nacional surgió a consecuencia de la repetida frustración de la revolución burguesa en España y representó, en su primera fase -la de la LLiga Regionalista, fundada en 1901- el intento político de la gran burguesía catalana de alcanzar el poder y transformar el Estado español para fomentar el desarrollo capitalista, frente a la vieja oligarquía terrateniente y financiera, enquistada en el Estado.

Cuando el desarrollo de la lucha de clases en España llevó a la monarquía a un punto crítico (en 1917, por ejemplo, con la huelga general) la gran burguesía catalana prefirió entenderse con la oligarquía y hacer un frente común contra el proletariado.

El movimiento nacional catalán tomó entonces otras características y fue dirigido sobre todo por grupos pequeño-burgueses, que radicalizaron sus posiciones, como el de Estat Català. Su dirigente, el coronel Macià, no tardaría en convertirse en líder indicutible del nacionalismo catalán pequeño-burgués. Este nacionalismo era más radical y llegaba a menudo a posiciones separatistas porque las vinculaciones económicas de la pequeña burguesía con el resto de España eran menores que las de la gran burguesía. El movimiento nacionalista de la pequeña burguesía no representaba tanto el intento de llevar adelante la revolución burguesa como la protesta de la pequeña burguesía contra una oligarquía centralista que ignoraba sus problemas y contra una gran burguesía que ya empezaba a orientar-

se claramente hacia el capitalismo monopolista.

Al proclamarse la II República en 1931, la pequeña burguesía forjó su propio partido nacionalista -la Esquerra Republicana- y se encontró ejerciendo el poder, no tanto por su propia iniciativa como por el vacío dejado por la caída de la monarquía y por la incapacidad del movimiento obrero de hacer la revolución.

Fruto de aquella coyuntura fue la promulgación del Estatuto de Cataluña, que daba a Cataluña un régimen de autonomía dentro del Estado español, sin que por esto éste llegase a convertirse en Estado federal.

Aunque formalmente la pequeña burguesía nacionalista ejerció el poder en Cataluña de 1931 a 1934 y de 1936 a 1939, de hecho en el último periodo -el de la guerra civil- quien tuvo el poder en Cataluña fue el proletariado y una fracción más radicalizada de la pequeña burguesía, a través de las organizaciones comunistas y anarquistas.

Pero la experiencia de la autonomía dio a la pequeña burguesía catalana una coherencia política e ideológica que esta clase no tenía en ningún otro punto de España. Y, lo que es más importante, al estallar la guerra civil y plantearse el conflicto decisivo entre el bloque financiero-terrateniente y el proletariado, la pequeña burguesía catalana no se sumó a la reacción sino que abrazó la causa de la República. La explicación de esto debe buscarse en un doble plano. Por un lado, la pequeña burguesía catalana se oponía a la vieja oligarquía centralista, que no le ofrecía salida en ningún terreno, y a la nueva oligarquía financiera e industrial que emprendía la vía del capitalismo monopolista. Por otro lado, el nacionalismo de la pequeña burguesía chocaba frontalmente con el nacionalismo centralista, imperial y católico, que era uno de los principales cimientos ideológicos del bloque reaccionario.

De hecho, la pequeña burguesía catalana se encontraba entre dos grandes fuerzas -el bloque financiero-terrateniente y el proletariado- y si prefirió la alianza con la clase obrera fue porque la oligarquía no le ofreció ningún resquicio. La pequeña burguesía solo podía aspirar a seguir desempeñando un papel político si se mantenía la República, Y la oligarquía iba, precisamente, a destruirla.

Como es sabido, la guerra de 1936-39 terminó con la victoria aplastante de la oligarquía. Políticamente, esto se tradujo con la aparición de un nuevo Estado -el franquista- basado en el modelo fascista y apoyado esencialmente en el ejército. Desde el punto de vista ideológico, el nuevo Estado franquista se justificaba con una mezcla de doctrinas fascistas, corporativistas y católico-integristas. El elemento ideológico predominante

era la afirmación agresiva de un nacionalismo centralista, tradicional, imperialista y retrógrado, que quería empalmar con la España de los Reyes Católicos y de la Inquisición.

Todo ello demostraba que en el bloque dominante que había ganado la guerra todavía tenía un gran peso la oligarquía terrateniente y que dicho bloque se apoyaba, sobre todo, en las capas medias rurales de la España central. El integrismo católico, el nacionalismo imperial, el unitarismo a ultranza eran, precisamente, las formas ideológicas que revestía dicha alianza de clase.

La pequeña burguesía catalana, derrotada políticamente por el bloque dominante y traumatizada por la radicalización del proletariado durante los años de la guerra civil, intentó resarcirse aprovechando los resquicios económicos que dejaba el proceso de acumulación monopolista acelerada de los primeros años del régimen franquista. Una minoría intentó hacer frente a la situación cultivando formas rudimentarias de nacionalismo (colocación de banderas, reuniones conmemorativas, publicación de revistas literarias, reivindicación de manifestaciones folklóricas, tímido comienzo de una producción editorial en catalán, etc.). Pero por rudimentarias que fuesen estas formas, casi todas ellas provocaban un enfrentamiento directo con el Estado. Era, pues, un factor que perturbaba -aunque a pequeña escala- el equilibrio del nuevo sistema y que, además, ofrecía un canal político para el posible descontento económico de la pequeña burguesía.

LA SITUACION ACTUAL

Desde entonces, las cosas han cambiado bastante. Pero la pervivencia del Estado franquista hace que este cambio no se exprese plenamente en el terreno político.

En efecto, a lo largo de los años cincuenta y sesenta, a medida que avanzaba el proceso de acumulación capitalista acelerada, fue variando la correlación en el bloque dominante, en el sentido de que la hegemonía dentro de este ha pasado a la oligarquía financiera e induatrial, en detrimento de la terrateniente.

Esta oligarquía financiera e industrial, cada vez más vinculada al capitalismo internacional, ha impulsado el desarrollo monopolista de la industria, lo cual lleva consigo el desarrollo de la economía urbana, en detrimento del campo, y el desarrollo de los sectores industrial y de servicios, en detrimento de la agricultura.

Para consolidar su dominación, el bloque dominante necesita, pues, aliarse con las nuevas capas medias urbanas y dejar en un segundo plano (aunque sin prescindir de ella, naturalmente) la alainza con las capas medias rurales.

Desde el punto de vista político e ideológico, la alianza con las capas medias urbanas no puede hacerse insistiendo en los valores tradicionales (integrismo católico, nacionalismo imperial, culto de la vieja raza castellana, hidalguismo, etc,), sino que hay que recurrir a otros valores, más en consonancia con la mentalidad de dichas capas medias (desarrollismo, tecnocratismo, eficacia técnico-administrativa, europeísmo, etc).

Para cimentar esta alianza y difundir los nuevos valores, el bloque dominante opera a través de los aparatos ideológicos del Estado. Pero el Estado franquista, y en eso reside su peculiaridad, no ha seguido la evolución del bloque dominante sino que, en gran parte, sigue anclado en las estructuras de los años cuarenta.

El bloque dominante es consciente del desfase, pero no se ha atrevido ni se atreve a prescindir del Estado franquista porque no se siente seguro frente a la posible irrupción del movimiento obrero. Por eso procede mediante compromisos (tecnocratismo mezclado con integrismo católico, por ejemplo) cuya mejor expresión es la aparición de partidos políticos como el Opus Dei o la pervivencia de estructuras estatales anquilosadas. En la medida en que este desfase subsiste, el bloque dominante tiene dificultades para cimentar su alianza con las nuevas capas medias urbanas. En efecto, el Estado franquista sigue manteniendo muchas de sus características políticas e ideológicas iniciales y todavía combate, por ejemplo, el nacionalismo (o lo que él toma por nacionalismo) catalán vasco y gallego. En cambio, para el bloque dominante este combate no tiene demasiado sentido.

Lo que le interesa al bloque dominante es forjar su alianza con las capas medias urbanas y para ello necesita quitarle hierro a todo lo que pueda enfrentar a éstas con el Estado. Mientras el Estado reprime muchas manifestaciones de simple catalanismo, por ejemplo, el bloque dominante necesita recuperarlas, e incluso fomentarlas para neutralizar política e ideológicamente a las capas medias e impedir su alianza con la clase obrera evitando que, por su enfrentamiento con el Estado, éstas se le escapem de las manos. De ahí las contradicciones de la actual política franquista.

EL PAPEL POLITICO DEL NACIONALISMO CATALÁN

Para el bloque dominante el nacionalismo catalán constituye un peligro en la medida en que la rigidez del Estado franquista le impide recuperarlo. El nacionalismo se convierte entonces en centro de confluencia de una pequeña burguesía tradicional cada vez más lesionada por la expansión monopolista y de unas capas medias que todavía no han encontrado una vía de expresión política e ideológica propia y buscan com impaciencia su estabilización.

Pero ahí está, precisamente, el meollo de la cuestión. Como que el Estado franquista no abre a las capas medias urbanas dicha vía, éstas pueden acabar buscándola contra el Estado. El nacionalismo catalán es ya, pero puede serlo todavía más, un catalizador confuso pero activo de todas estas inquietudes, y un factor de desequilibrio que obstaculice la consolidación del propio bloque dominante. Aunque a escala monoritaria y en medio de una gran confusión doctrinal este es el papel que ha desempeñado hasta ahora (baste recordar la campaña contra Galinsoga en 1960, los hechos del Palau de la Música, las declaraciones del Abat Escarré, etc.).

LA AMBIGÜEDAD DEL NACIONALISMO

El hecho de que el nacionalismo catalán desempeñe un papel político antifranquista no debe hacernos olvidar, sin embargo, que es un movimiento política e ideológicamente ambiguo.

En primer lugar, el nacionalismo es, por definición, interclasista. De hecho, lo que hace el nacionalismo es desplazar la lucha de clases hacia una falsa plataforma: en vez de la lucha entre la burguesía y el proletariado pone en primer plano la lucha entre los pueblos (por ejemplo, entre "catalanes" y "castellanos") confundiendo en el término de "pueblos" a todas las clases sociales (proletariado, burguesía y capas medias). Pues bien, el interclasismo es una de las principales armas ideológicas de la burguesía, uno de sus grandes instrumentos para confundir la lucha de clases y desviar al proletariado de su principal objetivo: la lucha por el Estado.

Por otra parte, el nacionalismo catalán desempeña hoy un papel en las contradicciones internas del propio bloque dominante. En Cataluña, hay sectores burgueses que se han consolidado a través de las finanzas (Banca Catalana, por ejemplo) o del desarrollo de las fuentes de energía (gas natural, central nuclear de Vandellós, etc.) y que a través de un planteamiento nacionalista esperan ganar el apoyo exclusivo de las capas medias catalanas de la ciudad y del campo e imponerse, con ello, a otros sectores del bloque dominante. Estos últimos, a su vez, contratacan poniendo el acento en el europeísmo y en el desarrollismo tecnocrático, preconizando una cierta descentralización administrativa. A largo plazo, unos y otros buscan lo mismo: la neutralización política de las capas medias frente al proletariado. A corto plazo, buscan este objetivo por dos vías distintas, en función de sus propias posiciones en el seno del bloque dominante y de su relación respectiva con el Estado. La burguesía nacionalista, por ejemplo, ha tenido y tiene, en general, una relación bastante escasa con el Estado franquista. Pero lo que nos interesa subrayar aquí no es tanto el papel del nacionalismo en las contradicciones dentro del bloque dominante como su posible papel de aglutinador de las capas medias a remolque del bloque dominante

frente al proletariado. Dicho de otra manera: por su interclasismo, el nacionalismo puede ser un arma decisiva del bloque dominante para consolidar su propia alianza con las capas medias y sobre todo para aislar políticamente al proletariado.

En tercer lugar, el nacionalismo catalán se caracteriza actualmente por su confusión doctrinal. Los nacionalistas no han sabido elaborar una doctrina mínimamente coherente en función de los problemas de hoy. Viven de un pasado idealizado (de ahí la veneración de figuras como Prat de la Riba, por ejemplo), más o menos revisado por historiadores y ensayistas actuales, o recurren a infecundas mezclas de europeísmo, liberalismo y socialdemocratismo. Incluso hay sectores que ven en Ho Chi Minh el máximo teórico de la problemática nacional catalana, identificando sin más nuestra situación con la del Vietnam.

Esta confusión doctrinal se debe, ante todo, a la misma inestabilidad de las capas sociales que sirven de base al movimiento nacional. Ya hemos visto que estas capas salieron traumatizadas de la guerra civil y, desde entonces, han vivido en un estado de inestabilidad constante en el que el único punto de refenencia era el enfrentamiento con el Estado franquista, y la delimitación clara frente al proletariado (no catalán, en su mayoría).

Precisamente porque las capas medias se han movido entre estos dos polos, su antifranquismo se ha visto matizado (mitigado diríamos mejor) por su clasismo antiobrero y, viceversa: su clasismo no les ha impedido, a veces, buscar el apoyo de la clase obrera frente al franquismo.

De ahí proviene una estabilidad doctrinal y política, una ambigüedad, en fin de cuentas, que puede dar resultados diversos según la coyuntura. En la medida en que el bloque dominante consiga reducir los choques de las capas medias catalanas con el Estado, el clasismo de éstas puede pasar a primer plano y ser un elemento decisivo para el aislamiento político del proletariado. Por el contrario, en la medida que el proletariado sea capaz de aprovechar políticamente el enfrentamiento entre las capas medias y el Estado (expresado política e ideológicamente como un enfrentamiento entre dos nacionalismos), aquéllas pueden ser elementos motrices fundamentales de un vasto movimiento popular.

LAS BASES DEL MOVIMIENTO NACIONAL

1. Los elementos estructurales de la nacionalidad catalana.

Hemos visto hasta ahora el papel político del nacionalismo catalán en el seno del Estado franquista y las ambigüedades de este mismo nacionalismo.

Cabe pensar, sin embargo, que este nacionalismo es un fenómeno gratui-

to, que no se apoya en ninguna base real? Es evidente que no. Si no existiese esta base real, el nacionalismo no habría resistido el tremendo impacto de la guerra civil y habría desaparecido. Dicha base real está constituída por los siguientes elementos principales:

(a) Una estructura económica diferenciada de la del resto de España. A lo largo del siglo XIX y gran parte del XX, Cataluña fue la única zona verdaderamente industrial del país. En ella dominó desde mediados del siglo XIX el modo de producción capitalista, con la consiguiente aparición de clases sociales y de luchas de clases pròpias del capitalismo. Sólo a finales del sigloXIX empezó a consolidarse otra zona industrial importante -la del País Vasco y Asturias- pero con características diferentes: mientras en ésta última se desarrollaba una industria pesada (minería y metalurgia), en Cataluña predominaba la industria ligera (textil, esencialmente), con unidades de producción relativamente reducidas y una débil capacidad financiera.

En estas últimas décadas las diferencias con el resto de España se han reducido. Hän surgido otras zonas industriales (Madrid, Sevilla, Pamplona, Zaragoza, Málaga, Valladolid, Huelva, etc.), han mejorado las comunicaciones y la propia estructura del capitalismo catalán se ha modificado: la industria textil tradicional ha perdido peso específico y, en todo caso, ha entrado en un proceso de concentración; se han desarrollado otras industrias de punta (fibras sintéticas, química, metalurgia, automóviles, etc.). Pero aunque las diferencias se hayan reducido, persisten todavía en sus líneas fundamentales. Cataluña sigue siendo la mayor concentración industrial de España y las relaciones de clase no son en ella las mismas que en el resto del país.

(b) En líneas generales, puede decirse que la alta burguesía catalana -la que protagonizó la primera fase del nacionalismo catalán- se ha integrado plenamente en el bloque dominante y hos es prácticamente imposible hablar de una alta burguesía específicamente catalama.

En cambio, uno de los rasgos específicos de Cataluña es la aparición de una nueva burguesía que se ha desarrollado a partir de las estructuras de la industria tradicional, es decir, sin una vinculación directa con el Estado franquista. Esta nueva burguesía ha consolidado sus instrumentos financieros e industriales (gracias, en gran parte, a su vinculación con el capital extranjero pero, sobre todo, a la centralización de los recursos de la industria tradicional) y hoy aspira a desempeñar un papel hegemónico en el bloque dominante. Para conseguirlo, necesita transformar las estructuras del Estado y los canales de comunicación entre éste y el bloque dominante. Por eso juegan a fondo la carta de la liberalización, toma incluso actitudes de oposición (subvenciones a Comisiones Obreras, por ejemplo) y reivindica libertad de maniobra en el terreno ideológico-político para integrar

(no para marginar) a la población inmigrada, con la esperanza de contar con una importante masa de maniobra política.

Esta nueva burguesía oscila entre un planteamiento puramente nacionalista y un planteamiento tecnocrático, europeista y desarrollista. De hecho maneja las dos cartas a la vez, y puede incluso fundirlas en una, según aconseje la coyuntura.

En el polo opuesto está la mayor concentración proletaria de España. Esta concentración no sólo se encuentra ya en Barcelona y su comarca, sino también en otros puntos de Cataluña (como Tarrasa, Sabadell, Mataró, etc. y en un futuro inmediato Tarragona, Martorell...). Se caracteriza por ser, en su inmensa mayoría, de origen no catalán. Su"asimilación" es difícil, porque aparte de lo reciente de su inmigración, la mayoría se ve desplazada a barrios delimitados por una línea de clase. Y aunque la burguesía catalanista cree que si dispusiese de libertad de acción en el terreno escolar y en de los medios de comunicación de masas la "asimilación" sería factible, esta separacióm de hecho, esta concentración de la clase obrera en barrios específicos donde a menudo es imposible oir una palabra en catalán, actúan en sentido contrario y no son fácilmente eliminables porque se deben a los mecanismos de la sociedad capitalista. La clase obrera de Cataluña vive, pues, en unas condiciones de explotación (en la fábrica y en el barrio) que no sólo la alejan de la problemática nacionalista sino que la hacen muy receptible a un buen planteamiento político de clase. De hecho, para la burguesía catalana (nacionalista o no) el problema del control político del proletariado no se plantea en los mismos términos que en el resto de España. Para decirlo de otra manera: la burguesía catalana, menos vinculada al aparato del Estado franquista, no confía tanto en la virtualidad controladora de éste y quiere poner a punto sus propios instrumentos, con vistas a un Estado más"liberal", más "europeo" en la que ella tenga más peso específico. El nacionalismo aparece entonces ante sus ojos como uno de sus grandes instrumentos de control político e ideológico.

Entre la burguesía y el proletariado, existe en Cataluña un vasto sector que englobamos bajo la denominación de capas medias, pero que presenta una gran diversidad. La pequeña burguesía tradicional está indudablemente en decadencia. Una minoría ha conseguido aferrarse a otras formas de vida; una parte se ha proletarizado; la mayoría se mantiene todavía pero con la perspectiva (más o menos consciente) de una decadencia irremediable. Este sector es el que suministra (y puede suministrar todavía más) la masa más radical para un planteamiento nacionalista. De él salen los escasos planteamientos separatistas. Su enfrentamiento con el Estado franquista es indudable, pero sin que haya revestido todavía formas violentas. Y es que, a diferencia de lo que ocurre en Euzkadi, por ejemplo, entre esta pequeña burguesía exasperada y el Estado se interpone una burguesía catalana no fran-

quista, que todavía le hace concebir ilusiones de un cambio de situación sin violencias y de una mejora de sus perspectivas. El nacionalismo es, desde luego, la expresión ideológica de esta ilusión, de esta esperanza en la fuerza transformadora de la burguesía no franquista.

El hecho decisivo, en el sector de las capas medias es, sin embargo, la aparición de un vasto e informe conglomerado de nuevos grupos, esencialmente ligados al desarrollo de la economía urbana. Entre ellos hay, desde luego, diferencias considerables. Señalemos a modo de ejemplo, las pequeñas empresas industriales surgidas al socaire de la concentración monopolista (empresas auxiliares, talleres especializados) y que en bastantes casos han conseguido incluso estabilizarse mediante la vinculación con el capital extranjero; el vasto sector de la distribución comercial y de los servicios (publicidad, venta de bienes de consumo duradero, etc); las profesiones liberales, que están en pleno proceso de reconversión hacia el régimen de asalariado, pero que no se pueden confundir con la clase obrera; los sectores "inflados" por la especulación inmobiliaria y, sobre todo, por el aprovechamiento del turismo; la masa de técnicos y funcionarios de grado inferior y medio cada día más numerosa a medida que avanza la expansión monopolista, etc.

Estas capas medias no se pueden reducir a un único denominador. Pero todas elllas tienen algunos rasgos comunes, de gran importancia política. La mayoría prodeden de la pequeña burguesía tradicional o de la clase obrera autóctona. Su "ascenso" social se ha producido en el marco de la expansión monopolista y la mayoría se sienten vinculados a los valores ideológicos que presiden dicha expansión (tecnocratismo, europeísmo, desarrollismo, etc.). Dicho "ascenso"es, a la vez, un proceso de diferenciación social respecto a una gran masa obrera inmigrada, es decir, forjada en otro contexto social y cultural. De ahí a la identificación en uno solo de los dos tipos de diferenciación (social y cultural) sólo hay un paso que se da muy fácilmente y que constituye una de las grandes bazas de un planteamiento nacionalista.

Pero, al mismo tiempo, estos sectores se han visto privados, por la existencia del Estado franquista, de canales de expresión política e ideológica propias. Se sienten inestables y el Estado franquista no les abre apenas ninguna vía para superar la sensación de inestabilidad. Aunque por parte del bloque dominante se han dado pasos en este sentido (tal es, por ejemplo, uno de los significados de la polítca de"liberalización" iniciada en 1964), la insuficiencia es notoria, al respecto. Por esto las capas mediasurbanas son hoy, en gran parte, un elemento políticamente susceptible de movilización antifranquista. Pero, al mismo tiempo, por su agudo sentido de diferenciación clasista, ofrecen una gran base de maniobra a un

planteamiento nacionalista. Esta es la razón de su ambigüedad político-ideológica.

Si la economía urbana ha experimentado profundas transformaciones, no puede decirse lo mismo del campo. Aunque es indudable que en el campo catalán ha habido un desarrollo capitalista (sobre todo en Lérida, donde funcionan bastantes explotaciones agrarias capitalistas y la producción frutera se orienta hacia una comercialización bastante dinámica), la mayor parte del campo catalán sigue sometido a formas de explotación tradicionales y funciona bajo los mismos patrones jurídico (censos, aparcerías, rabasses mortes, etc.). La única modificación importante radica, seguramente, en el sector de la comercialización, gracias al desarrollo de las cooperativas. Por lo demás, ha habido una seria despoblación del campo, que resulta especialmente visible em algunas comarcas.

Ahora bien, el campo catalán tiene una tradición política nacionalista que constituye su cimiento ideológico específico y que puede resurgir como movimiento político en cuanto se den las circunstancias propicias. El nacionalismo es, por lo demás, la vía por la que se pueden fundir opciones políticas tan dispares como las del campesinado pequeño y medio y las capas medias urbanas, aunque luego resulte extremadamente difícil coordinar estas opciones en una síntesis operativa. De ahí la posibilidad de contradicciones que el movimiento obrero debe ser capaz de aprovechar.

2. Los elementos sobrestructurales.

En este contexto social, rápidamente esbozado, los elementos sobrestructurales se insertan con una fuerza particular. Entre ellos, dos tienen una importancia decisiva: la lengua y la tradición cultural.

La lengua catalana es un fenómeno vivo, que ha resistido a toda clase de presiones políticas y administrativas. El Estado franquista ha ejercido y ejerce sobre el cultivo de la lengua catalana una verdadera opresión. Hoy todavía la lengua catalana está ausente de la prensa diaria, de la televisión (pese a algún espacio floklórico) y de la enseñanza (aunque en este último terreno los obstáculos se han suavizado algo). Se cultiva marginalmente en la radio y sólo se ha podido desarrollar (y aun desde hace pocos años) en la producción literaria y en el teatro.

El cultivo de la lengua catalana ha sido, pues, y sigue siendo en parte, la forma específica que ha revestido la reivindicación catalanista antifranquista. Con ello se han fomentado actitudes de resistencia y oposición muy valiosas. Pero también se han fomentado toda clase de equívocos, pues bastaba escribir en catalán para dejar constancia de antifranquismo, aun cuando se fuese de ultraderecha.

La lengua catalana ha servido de vehículo a una elaboración cultural que, para afirmarse y resistir, ha buscado la continuidad con el pasado reciente y ha cultivado valores mùy específicos. Tanto por su tradición como por las clases y capas sociales en que se ha apoyado, esta elaboración cultural se ha hecho sobre la base de valores burgueses e interclasistas, acentuando el comunitarismo y el liberalismo, como elementos de definición antifranquista.

La exasperación de la pequeña burguesía al comenzar la gran expansión monopolista de los años sesenta, la desorientación de una intelectualidad que de golpe se veía privada de su perspectiva "resistencialista", la aparición de las nuevas capas medias urbanas, la afirmación de una nueva burguesía, fueron otros tantos elemento que contribuyeron a forjar el gran impulso cultural catalán de comienzos de la década del sesenta ("Nova Cançó", producción editorial, pase de muchos intelectuales al cultivo de la lengua catalana, aparición de instituciones político-culturales como <u>Omnium Cultural</u>, etc.). En general, este impulso cultural se hizo sobre una base ideológica democrático-liberal, con un fuerte componente interclasista. Una parte de la Iglesia catalana (Montserrat sobre todo) puso al servicio de la empresa su fuerza integradora y consiguió incluso, en algún momento, tomar la dirección política del movimiento.

Hoy muchos de los presupuestos iniciales sehan quebrado, se han roto buena parte de las ilusiones comunitaristas y han aparecido en primer plano las divisorias de clase. Pero el impulso queda, y con él, muchas energías disponibles que sólo buscan una perspectiva clara a la que adscribirse. La clase obrera puede y debe dar esta perspectiva. En la medida que lo haga, contribuirá a aclarar el panorama, a aislar a los elementos interclasistas, a acercar los elementos más avanzados al proletariado de toda España, a fomentar la alianza de éste con los sectores anticapitalistas de las capas medias y consolidar el movimiento popular.

Para ello, la clase obrera debe partir de la realidad existente e integrarla en una perspectiva general, a escala española, de lucha contra el Estado capitalista y de revolución, es decir, de alianza de las fuerzas populares de toda España.

LA CLASE OBRERA Y EL MOVIMIENTO NACIONAL

1. <u>La actitud del movimiento obrero organizado</u>.

Hasta ahora, las organizaciones del movimiento obrero se han enfrentado con el problema del movimiento nacional catalán de manera muy equívoca.

<u>Los revisionistas</u>, por ejemplo, se han mantenido en el terreno de la

proclamación formal del derecho de autodeterminación, sin situarlo apenas en un contexto de clase. Sóloven la vertiente antifranquista del nacionalismo y dejan en un segundo o tercer plano sus contradicciones. Al dejarse llevar a este terreno, el revisionismo es incapaz de proponer una política proletaria, de clase, y ni siquiera una política de masas, Por esto busca la alianza por arriba con los grupos políticos que representan en mayor o menor grado el nacionalismo burgués. Para mantener esta alianza por arriba, el revisionismo se ve obligado a participar indiscriminadamente en las acciones interclasistas que éstos proponen. El revisionismo se justifica, entonces, aduciendo que con su participación conseguirá quitar el movimiento nacional de manos de los grupos burgueses. En realidad, para desplazar a éstos de la dirección del movimiento nacional se requiere un vasto movimiento de masas. Y éste sólo se pondrá en marcha con una clara perspectiva de clase. En las actuales circunstancias y con la política actual, el revisionismo no conseguirá jamás este desplazamiento, pues para ello tendrían que proponer una perspectiva de lucha y unas consignas que fuesen más allá de las que los grupos nacionalistas burgueses están dispuestos a aceptar. Y esto el revisionismo no lo hará porque para él lo principal es mantener la alianza antifranquista con dichos grupos.

Por otro lado, las diversas organizaciones "izquierdistas" y sindicalistas han enfocado el problema de manera muy simplista. Puesto que el nacionalismo -vienen a decir- es cosa de la burguesía, al proletariado no le incumbe para nada. Con ello eluden el problema y contribuyen, de hecho, a que el nacionalismo burgués se desarrolle en un espacio político libre.

2. Por una política proletaria en la cuestión nacional.

Para nosotros está claro que el movimiento obrero no puede ignorar al movimiento nacional, bajo pretexto de su carácter burgués, ni ponerse a remolque de él, bajo pretexto de antifranquismo.

Para el movimiento obrero es indispensable la puesta en marcha de un vasto movimiento popular basado en dos premisas indispensables: el carácter anticapitalista y el carácetr antifranquista de las fuerzas que lo compongan.

Por caracter anticapitalista entendemos la referencia a la contradicción principal de la sociedad española. Por carácter antifranquista la referencia a la contradicción en primer plano. El movimiento popular parte de la contradicción en primer plano y debe tender a fundirla con la contradicción principal. Pero es evidente que el paso de la una a la otra no es fácil, que algunas fuerzas se quedarán en el camino y otras se incorporarán en marcha. En todo caso es necesario seguir constantemente con mucha atención el desarrollo de las contradicciones en el seno del movimiento popular, sin